

Hubertuis

Fue después de leer las *Moradas Filosóficas* del apócrifo Fulcanelli cuando Humberto Pérez decidió interesarse por la alquimia. Su primera transmutación la hizo con su nombre y, a la manera de los sabios de antaño decidió latinizarlo. Así fue que comenzó a llamarse Hubertuis, nombre que se antojó hermético y sonoro al mismo tiempo. Más trabajo le dio la transmutación de Pérez y luego de intentar varios latinajos infortunados decidió que firmaría solamente P.

Corría por aquel entonces la idea que Humberto Pittamiglio, exótico prócer de comienzos de siglo, también se había interesado por los secretos del Gay Saber y, lo que es más, había dejado en su exótica vivienda de Los Pocitos un legado para descifrar. Tal como lo proclamaba Fulcanelli, en las moradas de los alquimistas se encierran los secretos de su Gayaciencia esperando que el adopto sepa leerlos. Pues aquélla sería su ocupación.

El "castillo" –como llamaban a la improbable vivienda de Pittamigio– tenía una visita guiada y allí se anotó Hubertuis, lleno de esperanzas. Una guía con voz monótona recitaba un libreto que algún funcionario había redactado, juntando información histórica, los números más diversos –cantidad de azulejos, peso de las mayólicas, número de puertas, metros de vitrales (no se sabía si eran lineales, cuadrados u otra cosa)– así como también una historia novelesca de Pittamigio tomando como cierta una novela de ficción. La guía repetía en forma me-

cánica, sin mirarlos, los diseños de los azulejos o los bajorrelieves cargados de putti y sus atentos escuchas la miraban a ella y no al castillo, como suele suceder. Mientras tanto Hubertuis no perdía este precioso tiempo y tomaba notas apresuradas al tiempo que se reprochaba no haber traído su máquina fotográfica.

Esta visita le resultó ilustradora, pero insuficiente. Había demasiados detalles que no tuvo tiempo de registrar, demasiadas imágenes que desfilaban delante de sus ojos y que le informaban de un secreto que nadie parecía ver. Según las enseñanzas del docto Fulcanelli, en las figuras y bajorrelieves estaba escrito el secreto, solamente había que identificar cada una y luego ordenarlas de modo que la Obra ocurriese. Así fue que regresó una y otra vez, cámara fotográfica en mano, para registrar los detalles que la visita le mostraba al pasar. Luego tendría tiempo para examinar los detalles. Acaso Fulcanelli no había fotografiado también sus moradas filosóficas así como las catedrales herméticas de Francia. Curioso este maestro, tan francés oculto en un nombre tan italiano. Esta idea lo inspiró para encontrar la transmutación adecuada de su apellido: Perelli sería más adecuado que Pérez y más adecuado que la simple P.

Cuando hubo decidido que el "castillo" no tenía más secretos, se encerró en lo que llamaba "mi gabinete" a estudiar los secretos de Humberto Pittamiglio. Había en su "gabinete" varios libros de cuarto mayor –aquél se le antojaba que era el tamaño de los libros herméticos– que había comprado en Tristán Narvaja, más que por su contenido, por

su forma y encuadernación. Un telescopio apuntaba hacia una ventana que no veía el cielo, un viejo microscopio de su infancia adornaba su mesa de trabajo, igual que una lupa, diversos cortapapeles y una pluma de gran tamaño que no podía faltar en un verdadero gabinete de trabajo. Pero los objetos más preciados de su mesa eran un tintero de ágata maciza –que no tenía tinta, de más está decirlo– y una pluma de vidrio de Murano que le habían traído de recuerdo de un viaje. Compró tinta y algunos folios de papel de dibujo que plegó prolijamente en cuarto, aquél sería su libro de anotaciones.

Con las fotografías de los detalles del “castillo” se encerró varias semanas a trabajar. Escudriñaba aquellos azulejos con su lupa y hacía rápidas anotaciones con su pluma de mojar. Las más de las veces su trazo se interrumpía porque no estaba habituado a escribir con una pluma de mojar, pero aquello no lo desanimaba y volvía una y otra vez sobre sus trazos para completar dibujos y anotar en complejos diagramas su interpretación.

De todas sus fotografías seleccionó siete –número que le parecía de por sí muy significativo– y que representaban los elementos más interesantes de la decoración del “castillo”. Una estrella de David con un florón de seis pétalos en su interior; una retícula de arabescos que tenía en su centro a San Jorge intentado matar al dragón; un águila negra de dos cabezas, coronada, con una T cursiva en su vientre; un león rampante dibujado de una manera muy atípica; la palabra JVLIA, que si bien era el nombre de la madre de Pittamiglio, le pareció sospechoso el lugar donde se encontraba; los vitrales

donde se leía LABOR VINCIT, una clásica divisa alquimista que incitaba a no cejar en el esfuerzo para completar la Obra y, finalmente, lo que le parecía la coronación de todo el mensaje, un pequeño azulejo con una guarda disimulada donde se leían las letras P V C J.

Para Hubertuis no cabía la menor duda que aquellas eran siglas puesto que discretos ornamentos separaban cada letra. Además no había maneja inteligible de interpretarlos como una palabra, especialmente porque jamás una palabra latina finalizaría con una J. La J no era otra cosa que una I para los comienzos de las palabras y nunca ocurría en el medio o al final. Tampoco era un número, puesto que tenía una P y, aún en la libertad de interpretar J por I, carecía de sentido el resto: VCI no era un número romano.

Varios días consumió en la labor de interpretar estas siglas. Si quitaba el azulejo que las contenía, le restaban seis imágenes que habían llamado su atención experta. De ellas JVLIA era la única que aparecía directamente, las restantes no había ninguna manera de asociarlas, ni aún Jorge con J porque se le antojaba una asociación muy poco latina e indigna de un maestro alquimista como Pittamiglio. Mejor le pareció asociar las siglas a palabras alquímicas: P con Phlogistus, V con Veneris y J con Jovis. Pero no encontraba asociación posible con C. Meditó varios días en este misterio hasta que dio con la idea simple que se trataba de una frase completa y C, por lo tanto, debería ser el verbo de la oración. Hecho este descubrimiento, la frase alquímica le pareció aceptable para sus rudimentarios conoci-

mientos de latín: Phlogistus Veneris Consummo Jove. Tubo Hubertuis la convicción de aquella era la correcta interpretación.

Con auxilio de un diccionario de latín y su manual de alquimia llegó a la conclusión que aquel mensaje que le transmitía Pittamiglio, de alquimista a alquimista, quería decir "el flogisto de Venus se une a Júpiter" y aquello claramente tenía un sentido según su manual. Apenas pudo contener su impaciencia cuando vio que era medianoche y que debería esperar al día siguiente para adquirir los productos que su colega le dictaba en forma hermética.

Fue el primero en entrar en la droguería y también el primero en salir. El viejo boticario esbozó una sonrisa, pero aseguró que todavía disponía del "flogisto de Venus". Sólo Dios sabe que le vendió a Hubertuis.

Ya en su "gabinete" Hubertuis procedió a mezclar el "flogisto de Venus" con Júpiter en su mortero. Durante los primeros minutos no sucedió nada y ya comenzaba a decepcionarse cuando recordó que "labor vincit". Una larga hora molió los ingredientes. Se sentía agotado, por momentos descansaba, pero luego continuaba con su labor. Pero nada sucedía. Continuó otra hora más, ahora ya casi al límite de sus fuerzas, hasta que cayó rendido de cansancio, sudor y frustración.

Entonces ocurrió. Una gran luz lo envolvió. Cuando el deslumbramiento se desvaneció, vio que estaba en un dormitorio del "castillo", con sus brocados y maderas oscuras, con sus perfumes espesos y casi agobiantes. "Lo he logrado" pensó Hubertuis, "me he convertido en un alquimista verdadero, he

descifrado el misterio que ocultaba Pittamiglio". Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, de placer y felicidad. No reparó que estaba prácticamente desnudo.

Su sonrisa se cambió por sorpresa cuando vio que entraba al dormitorio un rudo hombretón con todo el aspecto de un marinero del Báltico. Lo contemplaba con ojos equívocos. Pero la sorpresa se convirtió en una tensa espera cuando advirtió que entraba otra persona de gran estatura que tenía el aspecto de un marinero coreano recién desembarcado y que sonreía de una manera algo siniestra. La tensa espera se convirtió en alarma cuando otro más y otro más, todos del mismo aspecto, grandes, robustos, con aspecto de marineros recién desembarcados y una mirada lasciva que era inocultable, tal vez resultado de muchos días de navegar. Hubertuis se sintió perdido, encerrado en una trampa de la que no podría escapar. Aquellos hombres se acercaban al tiempo que se desvestían y aumentaban su deseo carnal. Sus escasas ropas no podían cubrir su cuerpo y los brocados y las sedas del lecho eran insuficiente protección para su blanco cuerpo desnudo. Aquellos escasos segundos sudó copiosamente. Intentó gritar "nooo" pero nada salió de su boca. El marinero del Báltico le arrojó su aliento alcohólico en el rostro. No había escapatoria de aquella banda de violadores enardecidos.

El terror lo hizo despertar. Allí estaba el mismo mortero con la misma mezcla. Aquél continuaba siendo su gabinete. Ahora sabía claramente qué quería decir "el flogisto de Venus se une a Júpiter". También aprendió algo acerca del Gay Saber. Por

cierto que jamás intentaría nuevamente la secreta fórmula de Pittamiglio, del Saber Gay.